

## PALABRAS PARA DOLORES TRONCOSO

MANUEL ÁNGEL CANDELAS COLODRÓN

Universidade de Vigo

Dolores Troncoso es una institución. No voy a cometer la imprudencia de parafrasear a Monterroso y decir que cuando el CUVI comenzó Dolores Troncoso ya estaba aquí, pero si hay alguien que encarne la historia de este lugar sin duda habría de pensar en ella. Decenas de promociones, sí decenas, han pasado por estas aulas y todas ellas han visto caminar con su paso inconfundible a Dolores Troncoso. Todas han podido contar alguna anécdota divertida, singular o sorprendente de esta mujer, digna de figurar en un patatabrava que se precie. Cuando anunciamos este acto en las redes sociales no tardó nada en aparecer la espontánea antigua alumna que no podía evitar sus palabras de cariño y reconocimiento. Nadie es ajeno a la fama de su legendario carácter: remedando el soneto de Quevedo dedicado al elogio de la lectura, me atrevo a decir que se trata de un carácter "no siempre entendido, siempre abierto", que le ha causado, como ella misma admite, numerosos quebraderos de cabeza.

Eso no le ha impedido, muy al contrario, le ha servido de acicate para entregarse con todas las armas a la actividad académica de esta Universidad y de esta Facultad en particular. Ha ejercido, en distintas ocasiones, bien por determinación democrática, bien por obligación institucional, la labor de Decana. Ha sido durante los seis años preceptivos Directora de nuestro Departamento de literatura española. No ha descuidado la representación claustral, con una dedicación entusiasta, ni tampoco la participación en comisiones múltiples que han decidido el camino de la Universidad de Vigo. Ha estado siempre en el vértigo del gobierno universitario, lo que muchos llaman con desdén cuando no desprecio, la gestión universitaria, una pasión

que muchos hemos vivido de cerca, incluso con visiones antagónicas o, al menos, muy diversas sobre la idoneidad de ciertas medidas o de ciertos actores políticos. Siempre dispuesta para la pelea verbal, rasgo que yo de manera muy particular celebro en las personas, Dolores ha intentado siempre dirigir los pasos de la universidad con una visión de amplio alcance, con altura de miras. Cabría calificar de maquiavélica, siempre que este vocablo atienda a quienes superponen la razón última de la institución para la que trabajan al interés genuino de cada uno de sus miembros. Eso le ha granjeado no pocas batallas, muchas ingratitudes, tal vez innecesarias enemistades.

Porque si algo ha definido y define su perspectiva sobre la universidad es su insobornable e irrenunciable libertad de pensamiento y de expresión. Yo aprecio esa virtud eminente, pero reconozco que su ejercicio, en grado sumo, con la vehemencia, por ejemplo, que Dolores Troncoso emplea en sus actos, conlleva incompreensión, desaires, enfados. Dolores nunca ha refrenado su temperamento volcánico, consciente de contribuir con ello al necesario contraste de ideas. Nunca ha escondido ni ha renunciado a decir lo que piensa. Posee, al tiempo, una extremada capacidad para detectar la estupidez humana y, sobre todo, la capacidad de proclamarla abiertamente. Uno mismo ha sentido esa sensación y ha tenido la inclinación de ofenderse, pero uno acaba aprendiendo que buena parte de sus palabras están dichas con la inteligencia de quien sabe señalar las faltas o los errores. En eso, Dolores Troncoso ejerce un magisterio notable. No me atreveré a decir que posee un espíritu anglosajón, pero algo de esa dureza o de ese rigor estricto se adivina en buena parte de sus actos.

El espíritu rebelde de Dolores, si hemos de atender a su relato autobiográfico nace con las primeras asambleas universitarias. Dolores siempre ha recordado con no poca nostalgia los años compostelanos de protesta estudiantil. El famoso 68 (no 69) de la primavera compostelana. En esos días reunió probablemente las fuerzas de la rebeldía y de la polémica, mientras

hacía la carrera de Filosofía y Letras. Allí terminó su licenciatura estudios y comenzó su carrera como investigadora, cifrada de forma bastante más simple que ahora en la realización de una tesis doctoral. Eran años en los que se estilaba estudiar a autores contemporáneos, en un sentido estricto. Luis Martín Santos, Sánchez Ferlosio, para quienes recuerden las tesis que se escribían en aquellos días, de colegas ilustres de Dolores Troncoso, eran objeto de estudio: Dolores se aplicó a García Hortelano, aquel autor que cuando fue a recoger el Premio Formentor a Barcelona, según cuenta Carlos Barral, fue confundido por aquella *gauche divine* que leía en francés y veraneaba en Cadaqués con un cabo mesetario de la guardia civil. Fruto de ese estudio fue su tesis doctoral, leída en 1985, *La narrativa de Juan García Hortelano*. Años más tarde de esa primera dedicación, Dolores Troncoso volvería sobre sus pasos y editaría en Cátedra una de las novelas más célebres y tal vez menos leídas de García Hortelano: *El gran momento de Mary Tribune*.

En aquel tiempo, recién doctora, ya andaba por las campas del Colegio Universitario de Vigo impartiendo clases de literatura española contemporánea al alumnado de los tres primeros años de Filología Hispánica, Germánica y Románica, que luego iban a Santiago a culminar la carrera. Compartió espacio con profesorado de Ciencias, de Económicas (mantengo los viejos nombres que figuraban en los carteles de los pabellones), gente que luego ocuparía otras laderas de estas mismas montañas para crear los cimientos de la Universidad de Vigo, la Escuela de Industriales, la de Telecomunicaciones, la de Económicas, ya más tarde.

Me detengo en este brevísimo relato para dar cuenta del tiempo en que Dolores comenzó a trabajar en esta facultad. Un tiempo de nacimiento y de desarrollo incipiente. Un tiempo en el que había que construir la propia universidad mientras no se paraban las clases ni las investigaciones que requiere el oficio. Desde siempre, Dolores ha participado de ese ritmo: no se

ha ceñido a la pura alternancia docencia e investigación, sino que ha sentido siempre la necesidad de colaborar en la expansión de este centro.

La escisión con Santiago, la creación de la Universidad de Vigo, de la que se cumplieron recientemente los 25 años, cogió a Dolores Troncoso en plena efervescencia y madurez académicas. No dudó en tomar partido, en aceptar encargos de gestión: asumió de forma inequívoca tareas de dirección, bien la secretaría del departamento, bien el decanato, aunque fuese por periodos breves, sólo para arrancarlo todo. Esa condición de motor irrefrenable le acompaña desde entonces. Siempre ha estado en las principales labores; pocas veces se ha negado a cumplir con un cometido, por plúmbeo o escasamente rediticio que pudiera ser. Fue delegada de la Universidad en el Seminario, varias veces representante de esta facultad, no pocas miembro del selecto grupo del Consello de Gobierno de esta Universidad, integrante e incluso presidente de comisiones de la universidad. Los cargos de decana y directora de departamento ya fueron citados como ejemplos concretos de esta su ocupación institucional con la Universidad de Vigo. Los colegas del Departamento le debemos sin duda este homenaje (un homenaje que posee también las señas de la amistad), pero la universidad de Vigo le debe el compromiso que ha tenido desde su origen con la construcción de una institución hoy fundamental en Vigo. Tomo ahora la libertad de creerme portavoz de esa misma universidad que, al menos, le debe y cumple la cortesía de celebrarle este jubiloso retiro.

En todos estos años de continuado trabajo por la universidad no desdeñó la investigación. Es cierto que por momentos el tráfago de la gestión le impidió dedicarse a lo que más le gustaba. Podría incluso haber claudicado y haberse entregado a esa tarea ingrata de la administración universitaria y haber dejado el estudio académico en un nivel secundario. Pero lo evitó cuando fue invitada, en calidad de especialista en la literatura llamada decimonónica (que es más un marchamo ofensivo que un periodo histórico), a

editar los primeros *Episodios Nacionales* para la Editorial Crítica en una ya lejana mitad de la década de los 90. De 1995 es la publicación; de dos años antes, como mínimo, la ambiciosa apuesta investigadora de fijar y anotar los textos galdosianos de *Trafalgar* y de *La corte de Carlos IV*. Viví muy de cerca los primeros momentos de ese trabajo: la ilusión (y el miedo, por qué no decirlo) con que lo afrontó me resultaba y me sigue resultando, cuando me acuerdo, admirable. Robaba horas de donde no había para cumplir con el encargo en tiempo y, sobre todo, en forma. Era la oportunidad de su vida y no la desaprovechó. Disfrutó tanto con aquello que a partir de entonces decidió dar un giro a su vida académica para entregarse de forma mucho más decidida a la labor filológica. El departamento (digamos los despachos, el ala donde ahora están nuestros despachos) se llenó de manuscritos autógrafos de don Benito, de fotocopias de artículos y de ediciones príncipes de la obra galdosiana. La vimos ensimismada muchas veces, preocupada por una nota, por la fijación de algunas variantes. La vimos exultante cuando los libros por fin veían la luz. Molesta (tal vez incluso enfadada, cabreada, airada, por qué vamos a disimular a estas alturas) por algún contratiempo. Las personas que colaboraron estos años con ella tienden a resaltar su voluntad imperturbable, su sistemática organización, sus horarios estrictos. Fruto de todo este furor filológico son los cinco tomos de las correspondientes cinco series de los *Episodios Nacionales* que la editorial Destino ha ido sacando estos últimos años para enorme satisfacción personal y para indisimulado orgullo de nuestro Departamento, tal y como creo imaginar. Podría haberse dejado arrastrar por la indolencia de esta profesión, una vez alcanzados ciertos objetivos, muy común entre otros y otras colegas; sin embargo, sus últimos años de profesora en el ahumado despacho B53 han sido muy fértiles, extraordinarios para ella y, sobre todo, para la filología española contemporánea, que ha visto enriquecer una de sus obras principales con las anotaciones y las aclaraciones hermenéuticas de Dolores Troncoso. Hace bien poco ha

reunido en un volumen sus aportaciones a la crítica galdosiana, ámbito en el que es reconocida como una especialista de excelencia investigadora: aparece, a la luz de esta decisión suya de abandonar estas aulas, como su legado más importante.

No puedo concluir esta semblanza sin hacer mención a lo que, en términos de intimidad departamental, llamamos las “cosas de Dolores” o de Lola, esa disculpa que en realidad es el festejo jocoso con que celebramos la singularidad de su carácter. Aunque seguro que tarde o temprano serán motivo de chanza más tarde, no puedo dejar de elogiar en estas últimas palabras mías el extraordinario cariño (oculto tras una aparente fiereza) con que ha adornado sus acciones en el departamento. Ni el atinado aguijón con el que ha interpretado muchas veces el proceder de mucha gente. Ni la inteligente franqueza con que ha desmontado excusas autojustificativas o el victimismo de muchas de nuestras intervenciones. Ni la dura pero justa reprensión con la que ha desanimado nuestras debilidades. Ni la espesa niebla con que tantas veces nos ha recibido en su mítico despacho b53 para solicitarnos recomendaciones pelicularas o novelísticas, siempre atenta y curiosa con las novedades, o para incitarnos a ser más activos con los retos que la facultad desafía. Ni, por supuesto, la alegre desenvoltura con que siempre reconoció sus errores y disculpó sus aires. Echaremos de menos esas filípicas en el ala del pabellón B, pero también esa alegría de vivir, esa desprendida sonrisa, algo burlesca pero franca, con que tantas veces adorna sus palabras. No voy a cometer el atrevimiento de indicarle que esta sigue siendo tu casa, porque fue es y será siempre suya más que nuestra. Y por ello, sólo cabe el agradecimiento de haberla compartido con nosotros todos estos años.

En el fondo nunca se echa a nadie de menos: siempre vencen más las muchas ganas de volver a vernos. Que sea pronto, Dolores. Que sea siempre.